

EL ARRASTRE DE LOS ALFARO EN LOS OJOS DE UN INTELLECTUAL

Santiago Cabrera Hanna

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Voy a comentar un documento histórico sobre el asesinato de los Alfaro, Manuel Serrano, Ulpiano Páez y Luciano Coral el 28 de enero de 1912. No se trata de un análisis exhaustivo de esta fuente histórica en particular, sino de una aproximación a la imagen que este documento nos devuelve de quienes participaron en este crimen político, y de algunos de sus episodios.

Bajo el título “Sucesos recientes que pueden interesar al porvenir. Año de 1912. Escríbelos Cristóbal Gangotena Jijón en Quito” se reúnen algunos apuntes hechos por este intelectual quiteño. Al parecer, estaban destinados a explicar (y no solo a contar) algunos hechos acaecidos en ese año, y dejarlos escritos “para la posteridad”. Por lo tanto, los “Sucesos recientes...” no es solo un testimonio de los cruentos hechos registrados los últimos días de enero de 1912. Es, más bien, una crónica de ellos.¹

Este documento ha sido referido como una fuente privilegiada para la reconstrucción historiográfica del crimen; fue reproducido enteramente al menos en dos ocasiones, en revistas y libros, y parcialmente en muchos otros trabajos;² y es ahora mismo uno de los textos más aludidos en el marco de la conmemoración del centenario de la “Hoguera Bárbara” (según la evoca el gobierno nacio-

1. El documento se conserva en el Archivo Histórico del Ministerio de Cultura (anteriormente Banco Central del Ecuador). Este testimonio ha servido como fuente para la investigación y la escritura históricas sobre el fin de los caudillos del liberalismo radical.

2. Al menos en dos ocasiones, este documento ha sido transcrito y divulgado. La primera vez apareció en la sección “Documentos” de *Cultura: revista del Banco Central del Ecuador*, No. 2, septiembre-diciembre 1978, pp. 278-292. Nuevamente apareció en una compilación de documentos históricos hecha por Manuel Espinosa Apolo, *Así fue. Testimonios sobre los hechos más conmocionantes de la historia nacional narrados por sus protagonistas y testigos presenciales*, Quito, Taller de Estudios Andinos-Fundación Felipe Guamán Poma, 1998, pp. 120-136.

nal). En esta coyuntura la pequeña libreta de apuntes ha sido nuevamente visitada (consultada, transcrita, fotografiada, filmada o reproducida de alguna forma por investigadores independientes, periodistas, funcionarios gubernamentales o público en general). Es el “documento de moda”, según sus custodios.

MORFOLOGÍA DE LOS “SUCESOS RECIENTES...”

En la crónica de Gangotena pueden apreciarse cuatro momentos: un primer episodio –“Revolución del Gral. Pedro J. Montero en Guayaquil”– contextualiza la crisis política provocada por la muerte del presidente Estrada, el pronunciamiento del general Pedro Montero en Guayaquil, la proclama de Flavio Alfaro en Esmeraldas y el retorno del Viejo Luchador de su exilio en Panamá.

Aquí los apuntes se valen de impresiones generales y noticias que circulaban, así como a las propias opiniones de Gangotena. Más adelante, se relatan las reacciones del Gobierno ante el golpe de Estado y el retorno de Don Eloy (“Sucesos de Quito”) y una descripción de cómo se integró el gabinete de gobierno nombrado por Montero.

En el segundo apartado: “28 de enero de 1912”, Gangotena anota sus impresiones sobre el asesinato de los caudillos liberales, el arrastre de sus despojos e incineración. Aparecen las impresiones del cronista, cuando asiste al arribo de los reos a la estación ferroviaria.³ Horas más tarde, ya en su casa, alertado por el tumulto callejero, consigue una escalera y atestigua desde la tapia (en compañía de dos parientes) el paso de la multitud que arrastraba el cadáver de don Eloy:

Al ver esa masa horripilante, no pude contener un gesto de horror: me llevé instintivamente las manos a la cara y se me escapó un grito: “¡Qué horror!” exclamé, pero entonces, un individuo me increpó: Canalla ¡ajo! me gritó apuntándome con un revólver. Entonces, comprendiendo el peligro, me saqué el sombrero y grité ¡viva la Constitución! (lo que me salvó): y aplaudí: ¡ah! Esos aplausos son para mí hieros candentes que se clavan en mi conciencia! Mi excusa es el estar medio loco, abrumado, y aún más, el que ya el cadáver desapareció de mi vista, llevado por la muchedumbre, y fui ganado por el alma delirante de las masas, que me saludaba...⁴

Y, más tarde, decide salir de su confinamiento, para “ver los cuerpos que estaban quemándose en el Ejido”.⁵ Gangotena levantó en su cuaderno un plano del predio con el emplazamiento de las piras. “Esto es aquello de *que*

3. “Sucesos recientes...”, pp. 7-8.

4. *Ídem*, p. 7.

5. *Ídem*, p. 8.

fui testigo presencial, lo que vi, estas son mis impresiones personales, escritas la noche del día de los sucesos”,⁶ enfatiza.

En un tercer momento –“Lo que pasó en el Panóptico”–, un día después del 28, Gangotena reconstruyó el arrastre de los victimados a partir del relato de otros “testigos presenciales”. Con una detallada descripción demarca el trayecto de los cuerpos arrastrados por la poblada. Aparecen hitos principales de la ciudad, calles y episodios específicos.⁷ Los materiales que informan esta parte fueron recabados, también, del testimonio del director de la cárcel.⁸ Aparecen, nuevamente, planos que ilustran cómo se produjo el asalto. Como antes, el autor advierte: “Esto es *lo que vi*, esto es lo que me contó el Comandante Rubén Estrada, Director de cárceles, hoy 29 de enero”.⁹

El cronista cierra sus notas con una apostilla escrita dos días después del crimen –“30 de enero de 1912”–. Las primeras líneas de este acápite muestran los elementos que el autor quiso relatar: “La impresión que han causado los acontecimientos del 28. Lo que se dice. Rumores callejeros. Acontecimientos del día. Los periódicos”.¹⁰ Aunque en el texto no aparece ninguna referencia a la prensa de esos días.

Únicamente los apuntes relativos al arrastre están completos. Luego, páginas más adelante, aparecen algunas referencias sobre el motín en el cuartel de Policía de Quito y el asesinato del general Julio Andrade, ocurrido el 6 de marzo de 1912, donde pueden leerse algunas opiniones sobre el tratamiento que la prensa dio a esos hechos:

No podré escribir con precisión lo que pasó ese luctuoso día, porque no estuve en Quito desde la víspera del 5.

Sin embargo, para no descompletar esas informaciones, me propongo anotar y comentar aquellos hechos que son públicos y notorios, hechos (sic) por todos, y algunos de ellos, que no han tenido lugar en la prensa local.¹¹

6. *Ídem*, p. 10. Subrayado del autor.

7. Como el de la mutilación del cadáver de Eloy Alfaro, del cual el autor del documento anota que no se trata de un dato ofrecido por alguno de los testigos presenciales, sino un rumor colectivo; o el auxilio que el obispo Riera dio a Medardo Alfaro, quien llegó aún con vida, arrastrado a la plaza de Santo Domingo. *Ídem*, p. 12.

8. *Ídem*, p. 13.

9. *Ídem*, p. 18.

10. *Ídem*.

11. Archivo Histórico del Ministerio de Cultura, “Sucesos recientes que pueden interesar al porvenir. Año de 1912. Escríbelos Cristóbal Gangotena Jijón en Quito”, p. 20 (en adelante “Sucesos recientes...”). Estos incompletos apuntes merecerían, por sí solos, un análisis de carácter histórico sobre la información que consignan. No es esa la intención en este breve artículo, amén de concentrarnos más bien en lo que Gangotena escribió sobre el arrastre de los Alfaro y sus compañeros.

Como antes dijimos “Sucesos recientes...” no es solo un testimonio. Es una fuente que imprime un componente explicativo al relato de los acontecimientos. En sus breves páginas la voz del autor busca *explicar* al lector el por qué del crimen contra los Alfaro y sus compañeros. Por ello, el argumento que anima esta breve apostilla a los “Sucesos recientes...” busca esclarecer los linchamientos y los crímenes colectivos mediante estereotipos destinados a mimetizar o camuflar las dinámicas socioculturales subyacentes tras ellos, bosquejando la imagen de *chivos expiatorios* (actores sociales o personajes que “corren con la culpa del resto”, o “pagan por los demás”) con los cuales se escamotea la dinámica interna de la violencia colectiva y se borran los elementos socioculturales que la detonan.¹²

Un testimonio difiere de un relato histórico o de uno de ficción. A leerlo, el testimonio crea el efecto de estar ante los hechos “tal como fueron”, de asistir con los ojos del testigo a las cosas que el relato histórico y la novela cuentan a través de la mediación del discurso de la disciplina o del tropo literario. Y, sin embargo, el testimonio es, también, un relato mediado, determinado por las circunstancias sociales, culturales, políticas, eventuales, intelectuales y emotivas que rodean al testigo que dotan de sentido a su narración y la legitiman.

¿QUIÉN FUE EL AUTOR?

Cristóbal Gangotena y Jijón (1884-1954) tenía 28 años cuando atestiguó parte del linchamiento de los Alfaro y sus compañeros en Quito. Este joven intelectual hijo de terratenientes formaba parte de la aristocracia de la urbe y mantenía vínculos de parentesco con prominentes políticos (entre ellos Carlos Freile Zaldumbide, quien ordenó, como Encargado del Poder Ejecutivo, el traslado del Viejo Luchador y sus compañeros desde Guayaquil al Panóptico de Quito, bajo custodia del batallón Marañón). De 1909 a 1911 fue secretario de la Cámara del Senado, cargo que obtuvo a través del propio Freile Zaldumbide. Se unió, además, a los jóvenes intelectuales que formaron, alrededor del arzobispo-historiador Federico González Suárez, la Sociedad Ecuato-

12. Esta argumentación ha sido desarrollada a profundidad por el crítico literario, historiador y filósofo René Girard sobre lo que él denomina teoría mimética, o mimesis. Este aparato conceptual sirve a su autor para analizar los mecanismos de deseo y violencia que aparecen registrados en los mitos clásicos y en la literatura occidental, como elementos que intermedian las relaciones entre personas. Posteriormente, el autor ha desplazado este modelo de análisis al ámbito de las manifestaciones violentas en las comunidades primitivas; para luego apreciar el funcionamiento de los mecanismos de reciprocidad de las sociedades contemporáneas. Son algunos de los aportes de este científico social los que usaremos en el presente trabajo.

riana de Estudios Históricos Americanos (SEEHA), precedente de la Academia Nacional de la Historia. Su orientación política se inclinó por el liberalismo, aunque mantuvo relaciones estrechas con el clero, a través de sus preocupaciones de carácter histórico; y desempeñó, además, funciones diplomáticas en Madrid y París.¹³

La producción intelectual de Gangotena discurrió, especialmente, por dos vertientes: trabajos de carácter genealógico sobre varios personajes históricos y miembros de la élite capitalina; y recopilaciones de tradiciones, leyendas, sucesos y relatos populares.

ATMÓSFERAS VIOLENTAS

Al referirse a la crisis política que desató la muerte del presidente Emilio Estrada, la proclama de los caudillos liberales y la llegada de Eloy Alfaro de su exilio en Panamá, Gangotena dibuja una atmósfera social violenta, que se enturbia paulatinamente, conforme suceden los “actos de traición” de los alfaristas:

Dn. Eloy Alfaro lanzó un manifiesto a la Nación, presentándose siempre como “Pacificador”. *El cinismo de este documento es espantoso, no tiene nombre: por supuesto que no habla para nada de su palabra dada al cuerpo Diplomático.* Entre otras barbaridades se dice en ese escrito que Dn. Eloy “tan solo por altruismo” no se ha proclamado otra vez como presidente de la República a raíz de los sucesos del 11 de Agosto: *cinismo y mentiras garrafales, cuando es notorio que tan solo debido al valimiento de los Ministros de Chile y del Brasil no fue despedazado por el pueblo.*

Mucha parte de la *indignación popular*, al saberse del Arribo de Alfaro a Guayaquil, ha ido contra el Sr. Eastman, Ministro de Chile, *como quien fue el que salvó a Alfaro* el 11 de Agosto, y el que alcanzó que el Gobierno Constitucional, infringiendo la Constitución, permitiera que Alfaro saliera del País.¹⁴

En la pluma del cronista, Alfaro desata la “indignación popular” cuando vulnera su propio compromiso de no regresar al país e inmiscuirse, nuevamente, en el juego político. Esta decisión, según el relato, lleva a su clímax la ira popular iniciada con la autoproclamación de Montero y su intento de golpe de Estado. Así, al reconstruir los hechos, el relato anticipa el desenlace cruento que ocurrirá días más tarde.

13. Ver Rodolfo Pérez Pimentel, *Diccionario biográfico ecuatoriano* [www.diccionario-biograficoecuator.com].

14. Cristóbal Gangotena Jijón, “Sucesos recientes...”, p. 4. La cursiva corresponde al autor de este artículo.

Este es uno de los ingredientes de lo que el filósofo e historiador francés René Girard ha llamado *violencia mimética*: la atmósfera en la que se incuban los conflictos miméticos, el ambiente de *peste* o *escándalo* colectivo, propio de los momentos de crisis institucional en los que el debilitamiento de los mecanismos e instituciones que regulan el intercambio social provoca que la reciprocidad (incluida la violencia) se realice directamente entre los miembros de la comunidad. Estos períodos “[...] favorecen la formación de *multitudes*, es decir, de agregados culturales espontáneos, susceptibles de sustituir por completo unas instituciones debilitadas o de ejercer sobre ellas una presión decisiva”.¹⁵

TRANSFIGURACIONES

Hagamos hincapié en la idea de multitud relacionada con el carácter mimético que tiene la descripción de los crímenes colectivos. Esta fórmula narrativa supone indiferenciación social: se disuelven en ella los sujetos y las circunstancias socioculturales que subyacen a las crisis. El movimiento por el cual la violencia se desencadena sobre determinados sujetos –“puntos fijos” hacia los cuales se dirige el odio colectivo– se desvanece en el relato indiferenciador de la multitud que actúa “como un solo cuerpo”.¹⁶

Descrito como una venganza popular, el linchamiento de los caudillos del liberalismo radical, según Gangotena, es un ajuste de cuentas perpetrado por una entidad que, en la pluma del intelectual, es mostrada a través del binomio civilización-barbarie. En el segundo momento del testimonio, el pueblo, invocado románticamente, transfigura súbitamente en populacho, muchedumbre o plebe:

El gobierno había tomado todas las medidas de prudencia que exigían la irritación en que estaba la *plebe*, y la seguridad de los presos, que venían escoltados por el batallón Marañón, tan querido por el *Pueblo*.¹⁷

El ministro de Gobierno, Dr. Díaz subió a pie con una escolta a tratar de apaciguar al *pueblo*, y yo le oía decir que “él respondía por las seguridades del *pueblo*”. Le dijeron entonces que no creían en sus promesas porque la escolta de Alfaro acababa de matar a uno y de herir a otro, de entre el *Pueblo*.¹⁸

“Pueblo” y “plebe” son utilizados como herramientas descriptivas de una actitud contenciosa ante la llegada de los presos al Panóptico. Más adelante,

15. René Girard, *El chivo expiatorio*, p. 21.

16. Ver René Girard, *Los orígenes de la cultura. Conversaciones con Pierpaolo Antonello y Jao César de Castro Rocha*, traducción de José Luis San Miguel de Pablos, Buenos Aires, Trotta, 2006, p. 70.

17. “Sucesos recientes...”, p. 6. La cursiva corresponde al autor de este artículo.

18. *Ídem*. La cursiva corresponde al autor de este artículo.

en la misma secuencia, el pueblo trasfigurará en “populacho” que arrastra los cuerpos exánimes de los prisioneros liberales:

Luego, un rumor inmenso: la *plebe* ebria de sangre, un *populacho* enorme, loco, delirante se echaba desde el Panóptico por la carrera Rocafuerte, hacia Santo Domingo.¹⁹

[...] El *populacho* lo arrastró [a Ulpiano Páez] desde el Panóptico, como a Alfaro, hasta la plaza de Santo Domingo [...].²⁰

[...] Entonces el *populacho* llevó los cadáveres por la carrera Guayaquil hasta la plaza de la Alameda, en donde se dice que mutilaron el cuerpo de don Eloy Alfaro cortándole el miembro viril.²¹

La imagen romántica del pueblo se diluye en el estereotipo indiferenciador del populacho que reorienta sus tensiones internas y las deposita en los cuerpos de los seis victimados. La mirada pendular de Gangotena traza, nuevamente, el movimiento entre civilización y barbarie, entre pueblo y plebe. Esta trasfiguración no es gratuita, ni está relacionada solamente con los marcos interpretativos con los cuales el testigo refiere su versión del arrastre. Es un desplazamiento imaginario que subyace en la formulación estereotipada de todos los procesos victimarios.

Con la multitud en el primer plano de la acción violenta, el relato explica el crimen como un mecanismo de solución de las tensiones que se multiplican a consecuencia del debilitamiento del pacto social que canaliza las reciprocidades dentro de la comunidad, creando el efecto de que todas ellas se resuelven focalizando los conflictos colectivos en una o unas cuantas víctimas: no hace falta que toda la colectividad sea conducida a un ciclo de violencia generalizada (una guerra civil o un levantamiento popular), basta con el linchamiento de uno o unos pocos para que el malestar colectivo quede, engañosamente, disuelto con aquel sacrificio. “El escándalo mayor se traga a los más pequeños, hasta que no queda uno solo, e igualmente una sola víctima; entonces emerge el mecanismo del chivo expiatorio”.²²

Más tarde, cuando el crimen queda consumado, Gangotena reseña el ambiente de la urbe y el estado de ánimo de sus habitantes: “La ciudad está generalmente consternada, y se puede decir que nadie habla de otra cosa que de los sucesos sangrientos de antier [28 de enero]”.²³ La ciudad del arrastre queda purgada del escándalo.

19. *Ídem*, p. 7.

20. *Ídem*, p. 11.

21. *Ídem*, p. 12.

22. René Girard, *Los orígenes de la cultura*, p. 70.

23. Cristóbal Gangotena, “Sucesos recientes...”, p. 18. La cursiva corresponde al autor de este artículo.

Es el momento final del ciclo de violencia mimética. Con la muerte de los seis cabecillas del liberalismo radical, el ánimo belicoso se apaga y trueca, aparentemente, en consternación. La *peste* es conjurada y, simultáneamente, el linchamiento es reconocido como mecanismo de solución del conflicto social: “La *gente* en general reprueba acerbamente el arrastre de los cadáveres, pero creen que el hecho de matarlos es muy explicable y hasta, si se quiere, justificado”.²⁴

CONCLUSIONES

En el relato que hemos comentado brevemente se formulan estereotipos culturales sobre el pueblo, que delinean la imagen del chivo expiatorio y mimetizan las dinámicas sociopolíticas ocultas tras bastidores de la violencia colectiva. La representación escrituraria del pueblo transformado en masa inconsciente que mata y se regodea en sus crímenes devela más que las intenciones del cronista, de imprimir fatal realismo a un crimen por demás horrendo, el funcionamiento de la violencia mimética. Es decir, las mecánicas de representación estereotipada de las crisis sociales.²⁵

Con el dibujo de la barbarie popular en primera plana se delinea la efigie de los chivos expiatorios a través de los cuales se señala falsamente a los causantes de las crisis miméticas. Las razones por las cuales el crimen político de los Alfaro y sus compañeros alcanzó las dimensiones que tuvo quedan, así, escamoteadas en una escritura que magnifica el arrastre, mimetizando las consideraciones sociales y políticas detrás de la violencia colectiva.



24. *Ídem.*

25. Trabajos escritos en el Ecuador, hace poco, dan cuenta de formulaciones, en clave histórica, basadas en estereotipos culturales como las que hemos apuntado. El libro de Manuel Espinosa Apolo, *Insumisa vecindad. Memoria política del barrio San Roque*, Quito, Quito Eterno, 2009, enfatiza la supuesta “conducta innatamente rebelde” de los habitantes del populoso e histórico barrio del centro de la ciudad. En su ensayo los sectores populares urbanos son vistos como elementos sociales de suyo perturbadores del orden y conducidos, casi siempre, a la revuelta, el crimen y el linchamiento, por los intereses de grupos de poder locales; eludiendo las condiciones y mecanismos socioculturales que detonan las crisis sociales y el trasunto político o económico que tienen. Todo lo contrario, el autor “explica” la agitación popular, a través de una actitud “innatamente rebelde”, movilizadora al vaivén de intereses políticos o económicos de élites urbanas, sectores políticos influyentes o clero.